

uno mismo y el otro: narciso *

NORMAN C. BROWN

El género humano se distingue del reino animal por una duración más larga del periodo en que el niño se halla protegido de las duras realidades de la vida, mediante los cuidados paternos. En esta situación, amparada, las potencialidades eróticas de la naturaleza humana florecen, pero florecen en una atmósfera ultraterrenal, alejada de las realidades de la vida humana. De ahí que este florecimiento temprano de la vida erótica deba sucumbir a la represión, al enfrentarse a las realidades. Pero, aún reprimida, o, más bien, por ser reprimida, esta experiencia precoz del amor queda grabada en nuestra memoria como un sueño inmortal del amor, como un anhelo indestructible de la naturaleza humana y una fuente de nuestro descontento sin tregua. La experiencia infantil, a que vuelven nuestros sueños, es una experiencia del placer, de modo que el retorno al principio del placer constituye un anhelo indestructible de la naturaleza humana. Empero, ¿es el retorno al principio del placer todo lo que la naturaleza humana pide? Desde el punto de vista de Freud, esto equivale a preguntar si la sexualidad infantil comprende algo más y más allá del placer.

La sexualidad normal en un hombre adulto, tanto al nivel sensual de relaciones físicas como al nivel sublimado del estado de enamoramiento, demuestra que el instinto sexual busca, por encima y más allá del placer físico, cierta forma apropiada de la unión con los objetos del mundo. Mas el modelo de la sexualidad normal en los adultos no puede explicar la naturaleza esencial de los deseos sexuales de la humanidad.

Si preguntamos qué relación con los objetos, en el

* Del libro *The New Erotism*.

mundo, se halla contenida en el modelo de la sexualidad infantil, debemos tomar como punto de partida el aserto repetido de Freud, de que la sexualidad infantil sigue dos senderos para encontrar los objetos en el mundo y evidencia dos modelos del enlace con los objetos en el mundo.

Los términos que Freud usa con mayor frecuencia para designar estas dos relaciones son "identificación" y "elección del objeto". Define la identificación como el deseo de ser como el otro objeto, y la elección del objeto como el deseo de poseer otro objeto; dice que, por lo común, la identificación es el modo en que los niños aman a sus padres, en tanto que la elección del objeto es el modo en que ellos aman a sus madres.¹ Es a través de su propensión natural a la identificación y a la elección del objeto que Eros construye la familia, la que a su vez constituye un modelo para toda la organización social. Identificándose con sus padres el niño absorbe y se apropia de sus patrones morales (el superego), de modo que, a través de su propensión a la identificación, Eros constituye la fuente de la moralidad.

A fin de entender las categorías freudianas de la identificación y la elección del objeto, debemos investigarlas y buscar una explicación de la razón por la cual el amor a los objetos en el mundo cobra estas

¹ *Group Psychology and the Analysis of Ego* (*Sicología de grupos y el análisis del ego*) (posteriormente citado como GP), traducida por J. Strachey (International Psycho-Analytical Library, núm. 6) The International Psycho-Analytical Press, London, Vienna, 1922, pp. 60-62; *New Introductory Lectures on Psychoanalysis* (*Nuevas lecciones de introducción sobre psicoanálisis*) (posteriormente citada como NIL), traducida por W. J. H. Sprott (International Psycho-Analytical Library, no 24), Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, London, 1933, p. 86.

dos formas y solamente estas dos. Después de todo, no es evidente que, de una parte, el amor deba ser un deseo de ser el mismo, y de la otra, un deseo de poseer.

Partiendo del axioma de que el amor a los objetos en el mundo se modela sobre el amor primario del niño a su madre, Freud afirma que la relación del niño hacia la madre es en primer término y principalmente una relación de dependencia a la madre para la supervivencia; el camino hacia la madre se establece en primer término por las necesidades económicas elementales. En la terminología freudiana de dos instintos básicos primarios, el instinto sexual sigue un camino hacia el objeto elegido para tal fin por el instinto de conservación. Es la razón por la cual llama a la elección del objeto, modelada sobre el instinto primario de amor, “analítico”, es decir “el que se apoya en algo”, el instinto no sexual de conservación. Este carácter “anaclítico” de la elección del objeto, en relación con la autoconservación, las necesidades económicas y la dependencia, explica por qué su meta característica es poseer el objeto de su elección.

Del todo diferente de la elección “anaclítica” del objeto y que se da no sólo en neurosis y perversiones sexuales, sino también en las actitudes eróticas normales de la mujer, Freud encuentra otro modelo de elección, en que el modelo infantil del objeto no es la madre, sino el sujeto mismo. Este sujeto desea amar a sí mismo y satisface su amor a sí mismo mediante rodeos, amando un objeto parecido a él mismo o encontrando un objeto que le ame a él tanto como él se ama a sí mismo. Relacionando este segundo tipo de amor con el amor general del niño a sí mismo y a su propio cuerpo, Freud designa como narcisista esta segunda relación con los objetos. Así, en algunos de sus escritos usa los términos “elección narcisista del objeto” “elección ‘anaclítica’ del objeto”, de acuerdo con su terminología posterior de la “identificación” y de la “verdadera elección del objeto” (o sea la concentración sobre un objeto). Resumiendo esta distinción, Freud dice que el ser humano tiene originalmente dos objetos sexuales: a sí mismo y a la mujer que le cuida.²

² *Collected Papers (Obras completas)* (citadas posteriormente como CP y el número del volumen), ed. J. Rivière & J. Strachey (International Psycho-Analytical Library, no 7-10.37), The International Psycho-Analytical Press, New York, London, 1924-50, vol. 4, pp. 44-45; *The Basic Writings of Sigmund Freud (Obras*

La distinción freudiana entre la identificación y la elección del objeto, o bien entre la elección de objetos narcisista y *anaclítica*, no resiste a un examen detenido. Él es incapaz de mantener de un modo consistente la correlación entre la identificación y el amor al padre, así como la relación que media entre la elección del objeto y el amor a la madre, y se ve precisado a hablar de las relaciones “anaclíticas” con el padre y de la identificación con la madre.³ Empero, el problema principal no es la confusión en la aplicación de estas categorías, sino la confusión en las categorías mismas.

Un examen detenido de las propias premisas y argumentos de Freud, hace pensar que existe una sola relación amorosa hacia los objetos en el mundo, una relación de la unión con el mundo, la cual, aun siendo más cercana a la relación narcisista de Freud (identificación), asimismo es la raíz de otra categoría del amor posesivo (elección de objeto).

Si el amor busca solamente la identificación con los objetos en el mundo, el deseo de poseer no constituye un rasgo esencial de aquél.

Nuestras críticas se dirigen contra el concepto freudiano de la verdadera concentración sobre un objeto, como un deseo irreducible de poseer el objeto amado. El mero hecho de que la concentración sobre un objeto es fundamentalmente “anaclítica”, nos hace concebir sospechas sobre su integridad, como un modo de amar, ya que el hecho de ser “anaclítico” significa que el amor no sigue solamente su propio camino, sino el camino señalado por las necesidades económicas, el hecho de la dependencia y el principio de la realidad, en general. De ahí que, tal como Freud mismo siempre insistía, esto es un modelo establecido por la fusión del instinto sexual y del instinto no sexual. En la fase en que él consideraba que estos dos instintos eran Eros y agresión, hablaba del ingrediente ineludiblemente agresivo en la elección del

fundamentales de Sigmund Freud) (citadas posteriormente como BW), traducción y edición por A. A. Brill. The Modern Library, New York, 1938, p. 614 y nota; *A General Introduction to Psycho-Analysis (Introducción general al psicoanálisis)* (citada posteriormente como GI, traducida por J. Rivière, Perma Giants, New York, 1953. Derecho de autor por Edward L. Bernays, pp. 433-434.

³ CP, IV, p. 47. *The Ego and the Id (El Ego y el Ello)* (citado posteriormente como EI, traducida por J. Rivière, International Psycho-Analytical Library, núm. 12), Hogarth Press and the Institution of Psycho-Analysis, London, 1927, pp. 40-44.

objeto, si es que ésta tiende a la posesión de su objeto.⁴

Además, el propio análisis freudiano del amor posesivo (elección del objeto) y su modelo primario, el amor a la madre, demuestra que su meta erótica no es la posesión, sino la unión con el objeto, unión que apenas puede distinguirse de su propia categoría de la identificación. Él deriva la identificación del deseo de la unión con el mundo en forma de incorporación, según el modelo primario de la relación del niño con el pecho de la madre.⁵ Al mismo tiempo él dice que la incorporación del objeto constituye la meta del amor normal en adultos, es decir, de la elección del objeto.⁶ De este modo, la distinción entre la elección del objeto y la identificación, se desmorona, convergiendo ambos en un proyecto de incorporación, o sea la unión con el mundo, modelado sobre la relación primaria del niño con el pecho de la mujer.

De ahí que Freud sostenga que “en el mero principio, en la fase primitiva oral de la existencia del individuo, la concentración sobre un objeto y la identificación, apenas pueden distinguirse una de otra”.⁷ Y, en consonancia con ello, afirma que la meta del amor normal en los adultos reside en la reconstitución de esta “condición primaria, en que el objeto de la libido (es decir, la elección ‘anaclítica’ del objeto) y egolibido (es decir, la elección narcisista del objeto), no pueden distinguirse”.⁸

En los escritos posteriores de Freud se hace hincapié, más y más, en la importancia de la fase primitiva de la dependencia de la madre y, en este orden de ideas, él considera necesario concluir que la esencia del amor de la madre es la necesidad de ser amado,⁹ pero, de ser así, el amor de la madre es esencialmente narcisista, puesto que, según Freud, “el ser amado es la meta y la satisfacción de la elección narcisista de objeto”.¹⁰ Un pasaje más de los escritos posteriores de Freud demuestra el desmoronamiento de toda la

distinción entre la elección de objeto “anaclítica” y narcisista, así como su negativa de retirar de un modo explícito esa distinción:

¿Recordáis la elección de objeto, según el tipo “anaclítico”, de la cual tratan los sicoanalíticos? La libido sigue el derrotero de las necesidades narcisistas, y se apeg a los objetos que le proporcionan satisfacción.¹¹

El desmoronamiento de la distinción entre la identificación y la elección del objeto deja al amor con una meta esencial por encima del placer, que reside en la unificación con los objetos en el mundo. Freud mismo, repetidas veces, ha llamado la atención sobre la intercambiabilidad de la identificación y la elección del objeto. A fin de explicar el autocastigo en melancolía, así como la institución autocastigadora del superego, sostenía que renunciamos a un objeto querido (elección de objeto) sólo a condición de identificarnos con el objeto perdido.¹² Este proceso, que sustituye la elección de objeto por la identificación, se entenderá más fácilmente si abandonamos la idea de que ambas constituyen una dualidad irreductible, puesto que, tal como dice Freud, nos identificamos con el objeto perdido al incorporarlo a nosotros mismos, no incorporándolo en realidad, sino de un modo pasivo, haciéndonos parecidos a él.

Mas como quiera que sea, aunque pueda decirse que la incorporación real del objeto constituye la meta del amor al objeto, la alternativa parece ser no entre la identificación y la elección del objeto, sino entre la identificación activa con el objeto y el remodelamiento pasivo de uno mismo, de modo de crear en sí mismo un sustituto para el objeto perdido. La alternativa es entre la acción erótica sobre el mundo exterior (la “adopción aloplástica” de Ferenczi) y la modificación pasiva del propio cuerpo y sique del sujeto, como un sustituto para la acción erótica denegada (la “adaptación autoplástica” de Ferenczi).¹³ En mi parecer, la distinción reside en aquello a que Freud apunta en la siguiente frase oscura:

¹¹ *The Future of an Illusion (El futuro de una ilusión)*, (citada posteriormente como FI), traducción por W. D. Robson-Scott (International Psycho-Analytical Library, núm. 15), Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, London, 1928, p. 41.

¹² CP, iv, pp. 152-170; NIL, p. 86.

¹³ EI, p. 36; ISA, pp. 27-28; F. Ferenczi, *Further Contributions to the Theory and Technique of Psycho-analysis (Aportaciones ulteriores a la teoría y técnica de sicoanálisis)*, Hogarth Press, London, 1952 (Basic Books, New York, 1952), pp. 97, 164.

⁴ CP, v, p. 281.

⁵ GP, pp. 60-61; NIL, p. 86.

⁶ CP, iv, pp. 78-81.

⁷ EI, p. 35.

⁸ CP, iv, p. 57. Cf. EI, p. 36 y nota; GP, pp. 73-76.

⁹ *Inhibitions, Symptoms and Anxiety (Inhibiciones, síntomas y angustia)* (citada posteriormente como ISA), traducida por A. Strachey (International Psycho-Analytical Library, núm. 28) Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, London, 1936, pp. 105-10, 117, 122, 140; NIL, pp. 115-16.

¹⁰ CP, iv, p. 55; NIL, p. 170.

El retorno de la libido del objeto al ego y su transformación en narcisismo representa un amor feliz, y a la inversa, el amor feliz corresponde a la condición primaria, en que el objeto de la libido y el libido hacia sí mismo no pueden distinguirse entre sí.¹⁴

De este modo, el análisis clínico de Freud apunta hacia la conclusión de que Eros es fundamentalmente un deseo de la unión (ser uno) con los objetos en el mundo. Pero, de ser así, las formulaciones clínicas se ponen en consonancia con las formulaciones más filosóficas en los escritos posteriores de Freud, cuando éste postulaba la existencia de dos instintos básicos: Eros y Muerte. En el tiempo en que él escribió "Más allá del principio del placer" él prefería definir la meta del Eros como unificación o la búsqueda de la unión.¹⁵ Es evidente que existe cierta afinidad entre la doctrina de Eros y algunas intuiciones esbozadas en la tradición filosófica, poética y religiosa, pero a consecuencia de que no descartó la distinción entre la identificación y la elección del objeto, Freud representó su doctrina de Eros tal como si se tratara de buscar unión suspendida en el aire metafísico, divorciada de sus análisis más profundos de las realidades psicológicas concretas. Nuestra reinterpretación tiene por finalidad abrir el camino para un análisis de las realidades psicológicas concretas en términos de un deseo de la unión.

La meta del Eros es la unión con los objetos fuera de sí mismo, y al mismo tiempo Eros es fundamentalmente narcisista, amante de sí mismo. ¿Cómo una orientación fundamentalmente narcisista puede conducir a la unión con los objetos en el mundo? La antinomia abstracta del YO y EL OTRO en amor puede superarse, si volvemos a la realidad concreta del placer y a la definición fundamental de la sexualidad como una actividad placentera del cuerpo, y

¹⁴ CP, iv, p. 57. Cf. BW, p. 876.

¹⁵ *Beyond the Pleasure Principle (Más allá del principio del placer)* (citada posteriormente como BPP), traducción por J. Strachey (International Psycho-Analytical Library, ed. E. Jones, núm. 4), Hogarth Press, London, 1950, pp. 57, 63; *An Outline of Psychoanalysis (Un esbozo de psicoanálisis)* (citado posteriormente como OP), traducción por J. Strachey (International Psycho-Analytical Library, núm. 35), Hogarth Press, London, 1949, p. 6; CP, v, pp. 185, 350; *Civilization and its Discontents (Civilización y descontento que ella crea)* (citada posteriormente como CD), traducción por J. Rivière (International Psycho-Analytical Library, ed. E. Jones, núm. 17), Hogarth, 1930, London, pp. 97, 164.

pensamos del amor en los términos de la relación del ego con sus fuentes del placer.

El amor narcisista es fundamentalmente un deseo de la actividad placentera de su propio cuerpo. ¿Cómo el deseo de la actividad placentera de su propio cuerpo conduce a otros cuerpos?

La respuesta se encuentra en la doctrina de Freud de la egoestructura peculiar, el sentimiento de su propia relación con el mundo exterior que se desarrolla en la infancia y que, al igual que el resto de la sexualidad infantil, se halla reprimido, pero que nunca desaparece por completo en los adultos. En la situación irreal, amparada de la infancia, el niño desarrolla un sentido irreal de la realidad. La realidad es su madre, es decir, el amor y el placer; la sexualidad infantil forma la unión de sí mismo con todo el mundo del amor y del placer.

En la terminología técnica de Freud, el niño desarrolla mero ego-placer en vez de ego-realidad, que identifica con sí mismo las fuentes del placer, su mundo, su madre.¹⁶ De ahí que

el sentimiento de ego de que nos damos cuenta actualmente sea sólo un vestigio reducido de un sentimiento mucho más amplio, sentimiento que abarcaba al universo y expresaba una conexión inseparable del ego con el mundo exterior.¹⁷

Empero, la experiencia primaria de la unión de sí mismo, con el mundo del amor y del placer, constituye un modelo para todo amor humano, de modo que "cuando posteriormente un objeto se manifiesta como una fuente del placer, se vuelve amado, pero también incorporado al ego".¹⁸ De ahí que el amor feliz corresponda a la condición primaria, en que "el objeto de la libido y la libido como objeto es uno mismo a tal punto que no pueden distinguirse".¹⁹

El amor se origina en la capacidad del ego de satisfacer algunos de sus instintos autoeróticamente mediante la obtención del placer de órganos. Es en primer término narcisista; luego se transfiere a los objetos incorporados al ego, cuyo número es ahora mucho mayor, y expresa el anhelo del ego de obtener estos objetos, como fuentes del placer.

Así, la libido humana es esencialmente narcisista, pero busca un mundo para amarlo como él se ama

¹⁶ CP, iv, pp. 78-79; CD, p. 12.

¹⁷ CD, p. 13.

¹⁸ CP, iv, p. 79.

¹⁹ CP, iv, p. 81.

a sí mismo. Es el ego humano que lleva a cabo la búsqueda de un mundo a amar, o más bien, este proyecto, en el estrato inconsciente del ego, guía la conciencia humana en su búsqueda sin reposo de un objeto que pueda satisfacer su amor, tal como ha dicho San Agustín: “Todavía no he amado, y amaba amar; buscaba lo que pudiera amar, en amor con el amar.”

Freud dice que no sólo el sentimiento humano del ego abarcaba antaño a todo el mundo, sino que Eros impele al ego a recuperar este sentimiento: “El desarrollo del ego consiste en el abandono del narcisismo primario y constituye un intento vigoroso de recuperarlo.”²⁰ En el narcisismo primario el yo mismo se identifica con el mundo del amor y el placer; de ahí que la última meta del ego humano consista en reinstalar lo que Freud llama “narcisismo sin límites”²¹ y se encuentra una vez más identificado con todo el mundo en amor y placer. La energía erótica en el ego reside en el proyecto (inconsciente) del mero placer egoísta; de ahí que, encaminado meramente al placer, entra en conflicto con el ego real, hasta que la realidad y el placer puedan encontrarse y crear lo que Ferenczi llamaba “el sentido erótico de la realidad”. Eros, como una fuerza en el ego humano, trata de afirmar un mundo del amor y el placer: “La afirmación, siendo un sustituto para la unión, pertenece al Eros.”²²

El principio de la exuberancia erótica debe incorporarse a la doctrina freudiana del Eros narcisista. En términos técnicos psicoanalíticos, Freud reconoce que la libido recae sobre los objetos, partiendo de lo que él llama un “depósito narcisista”,²³ pero no está claro por qué aquél depósito debe desbordarse. Freud contesta esta pregunta de un modo más preciso en el ensayo *Sobre el narcisismo* (1914):²⁴

¿De dónde brota aquella necesidad que impele a nuestra sique traspasar los límites del narcisismo y conectar la libido con los objetos? La respuesta, acorde con nuestro pensamiento sería, una vez más, que sentimos este impulso cuando la concentración del ego sobre la libido excede de cierto grado. Un egoísmo fuerte constituye una protección contra la enfermedad,

²⁰ CP, iv, p. 57.

²¹ CD, p. 21.

²² CP, v, p. 185.

²³ EI, p. 63; OP, p. 8; CP, iv, p. 350; GI, p. 423.

²⁴ CP, iv, p. 42. Cf. GI, p. 428.

pero en última instancia debemos empezar a amar a fin de que no enfermemos cuando, a consecuencia de frustración, no podamos amar. Heine concibe la sicogénesis de la Creación de “un modo algo parecido”.

Empero, los escritos posteriores de Freud demuestran que él no entiende perfectamente el enlace de la libido con los objetos. En su ensayo “El Estado transitorio” (1915), al tratar de la tristeza, dice:

La causa por la cual esta disociación entre la libido y sus objetos, es un proceso tan penoso que constituye un misterio para nosotros y hasta la fecha no hemos logrado emitir ninguna hipótesis para explicarlo.²⁵

Y en la nota al pie en *Civilización y sus sinsabores* (1930), omitida en la versión inglesa, Freud sostiene que los límites del narcisismo todavía constituyen un problema no resuelto:

Una consideración sobre las posibilidades de la felicidad humana debería no desatender las respectivas proporciones del narcisismo y de la libido dirigido hacia los objetos.

Quisiéramos saber lo que significa el aserto de Freud de que la economía de la libido depende esencialmente de sí mismo.²⁶

Es evidente que el pensamiento de Freud se halla inhibido por la concepción de Uno Mismo y el Otro como alternativas mutuamente exclusivas. La imagen de Narciso en mitos y poesía apunta hacia una dirección diferente. Narciso necesita un charco, un espejo, en que pueda verse a sí mismo. Y, en el misticismo de Boehme, la sicogénesis de la Creación es la necesidad que tiene Dios de un “autorreflejo” (*Selbstabbildung*) y de un espejo (*Spiegel*) en que pueda mirarse a sí mismo.²⁷ De acuerdo con ello, el narcisismo de Freud necesitaría con mayor razón del Otro: el narcisismo al estilo de Narciso sería una fuente de juego y de exuberancia erótica. Nietzsche dice de Zaratustra: “Le amo por su alma tan plena que se olvida de sí mismo y todas las cosas están en él”; y también:

²⁵ CP, v, p. 81.

²⁶ Freud, *Gesammelte Werke (Obras completas)*, xiv, Imago Publishing Co., London, 1948, pp. 443, nota; cf. CD, p. 41.

²⁷ Cf. E. Benz, *Der vollkommene Mensch nach Jacob Boehme (El hombre perfecto según Jacob Boehme)*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1937, pp. 9-11, 25-26, 31-35.

... El egoísmo sagrado, el saludable y sano egoísmo que brota de una alma poderosa a la cual pertenece el alto cuerpo, bello, triunfante, refrescante, en cuyo torno todo se vuelve un espejo, el cuerpo flexible y persuasivo, el danzarín, cuya parábola y epítome es el alma que goza de sí misma.²⁸

El método psicoanalítico trata de relacionar los sueños metafísicos con la fisiología de sueños; la base fisiológica del Eros narcisista y del goce consigo mismo, es simplemente la relación del niño con el pecho de la madre. La acción de mamar el pecho de la madre, se volvió un modelo para cualquier relación amorosa. "El encontrar un objeto es en realidad volver a encontrar."²⁹

El estado amoroso resulta de la satisfacción de las condiciones infantiles de amor... todo lo que satisfaga esta condición de amor se idealiza.³⁰ ... El deseo de mamar comprende el deseo del pecho de la mujer, el cual por esta razón es el primer objeto del deseo sexual. No puedo transmitirles ninguna idea adecuada de la importancia de este primer objeto, al determinar posteriormente cualquier otro objeto elegido, así como de la profunda influencia que aquél ejerce a través de la transformación y sustitución, sobre los compartimentos más variados de la sique humana.³¹

Aquí de nuevo Freud encara lo que el misticismo religioso y poético apenas adivinaba y expresaba simbólicamente en el culto de la Madona y el Niño. En el prefacio del libro de Evelyn Underhill, sobre el misticismo, se encuentra la siguiente cita de Coventry Patmore:

El mamar del niño el pecho de la mujer, y el amante que vuelve, después de veinte años de separación, a su hogar y alimentos, al mismo regazo, son tipos y príncipes de místicos.

Das Ewig Weibliche (Lo eterno femenino) nos atrae: Fausto, la encarnación de nuestro descontento sin tregua, logra la salvación final, que es también el fin del hombre faustiano que anhela sin tregua, en su unión con lo eterno femenino en una nube de las imágenes de madres precedidas de la Mater Gloriosa,

²⁸ Walter Kaufmann, *The Portable Nietzsche (Nietzsche en edición de bolsillo)*, Viking Press, New York, 1954, pp. 128, 302.

²⁹ BW, p. 614.

³⁰ CP, iv, p. 58.

³¹ GI, p. 323.

que es virgen, madre y reina, de modo que "Eros puede gobernar, puesto que él ha iniciado todo."³²

Del pecho de la madre, en el lenguaje freudiano, el niño experimenta aquella condición primaria, idealizada eternamente, en que el objeto de la libido y la libido cuyo objeto es uno mismo, no pueden distinguirse;³³ en el lenguaje filosófico, el dualismo sujeto-objeto no menoscaba la experiencia bienaventurada del niño al pecho de la madre. Pero dicho dualismo no es el único que acosa nuestras relaciones con el mundo en la adolescencia y, a la inversa, según Freud, la primera experiencia infantil se idealiza por ser libre de todo dualismo. Si, por eso, conceptuamos al hombre como una especie de animal que proyecta recuperar su propia infancia, el psicoanálisis sugiere la idea escatológica de que la humanidad no se libraría de su enfermedad y su descontento hasta que pueda abolir todo dualismo.

En la teoría psicoanalítica, el dualismo que acecha las relaciones humanas con el mundo no se deriva de la relación sujeto-objeto, sino del dualismo de instintos en el sujeto mismo. A lo largo de toda la trayectoria del pensamiento freudiano, Eros siempre tenía un antagonista. En su teoría anterior, el antagonista es autoconservación, o sea el instinto del ego (de un modo más familiar, el hambre); en su teoría posterior, el antagonista es la muerte o el instinto agresivo. Por ello, toda la teoría del Eros, en cierto modo, quedará suspendida en el aire hasta que examinemos al antagonista del Eros. Mas no podemos anticipar el postulado freudiano de que la vida instintiva del hombre arranca de una fusión primitiva e indiferenciada de dos instintos: una fusión en que ellos no son mutuamente antagónicos y, en cuanto que ello acontece en la niñez, el hombre trata de reconstituir la fusión de instintos. La relación del niño con el pecho de la mujer sigue siendo nuestro ideal, puesto que representa tal fusión de instintos. Cuando Freud se refería al dualismo del instinto sexual y el de autoconservación (amor y hambre), acuñó el término "anaclítico" (es decir, el que se apoya en algo) a fin de describir la relación que media entre dos instintos del niño al pecho de su madre, en que la primera satisfacción del instinto sexual es, simultáneamente, la primera satisfacción del instinto de conservación (o sea, el instinto del ego):

³² Goethe, *Faust (Fausto)*, II Parte, vs. p. 8479.

³³ CP, iv, p. 57.

Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas se experimentan en relación con las funciones vitales al servicio de la autoconservación. Los instintos sexuales en un principio se apoyan en los instintos del ego.³⁴

Hemos demostrado ya que Freud se equivocó al tratar de presentar el amor "anaclítico" como un segundo modo de amar, diferente del amor narcisista; la situación "anaclítica" primaria, la cual, según Freud, sigue siendo nuestro ideal del amor, no representa un modo diferente de amar, sino una fusión de lo erótico y lo no erótico, a saber, las necesidades económicas y las satisfacciones (autoconservación, hambre).

Empero, según el psicoanálisis, este estado de la fusión de instintos sigue siendo nuestro ideal inconsciente; y, por otra parte, la civilización contrapone la economía y el amor, el trabajo y el juego. De este modo, sugiere que la humanidad no se librará del descontento y de la enfermedad hasta que se supere dicho antagonismo. Una vez más retornamos a los sueños utópicos de Fourier y de su seria investigación sobre la posibilidad de realizar la meta del *travail attrayant* (trabajo placentero).

En los escritos de Freud después de 1920, la antítesis entre el instinto sexual y el de autoconservación se sustituye por el de antítesis entre Eros y lo que él llamaba el instinto agresivo o destructivo, o el instinto de la muerte. En los escritos posteriores de Freud, la polaridad fundamental en la naturaleza humana ya no es el hambre y el amor, sino el amor y el odio, el amor y la agresión, el amor y el ansia de poder. Sin embargo, la experiencia primaria de satisfacción, a la cual la humanidad sigue siendo inconscientemente fiel, es libre no sólo de la antinomia del trabajo y el juego, sino también de la ambivalencia del amor y el odio. Freud, extraviado por su propensión metafísica al dualismo, a menudo habla como si la ambivalencia del amor y el odio fueran un hecho fundamental de la naturaleza humana, presente en el niño desde el principio.³⁵ Pero, cuando él no teoriza, sino que presenta simplemente

³⁴ CP, iv, p. 44. Cf. BW, p. 587; GI, pp. 322-323, 434; GP, pp. 60-62.

³⁵ BW, p. 854; GP, p. 61, EI, p. 61; NIL, p. 159; CP, v, p. 263.

los hechos, dice que en la fase más antigua "no hay ambivalencia en relación con el objeto, es decir, el pecho de la madre".³⁶

Hay un punto técnico discutido en la teoría psicoanalítica de las etapas a través de las cuales la sexualidad infantil emprende el camino hacia la organización genital. La primera fase, la fase oral, es una etapa en que la zona principal del placer del niño es la boca en el pecho de la madre; se subdivide en la primera fase oral diferente de la segunda, la cual se distingue por el "comienzo de mordiscos", y por eso, se llama "la fase oral-sádica".³⁷ La aparición de las actividades agresivas que consisten en el hecho de morder, señala el inicio de la ambivalencia en el amor y el odio: de ahí que Abraham llame la primera fase oral "preambivalente".³⁸

Así, la ambivalencia del amor y el odio no es el carácter fundamental de la naturaleza humana (y una de las razones para el pesimismo de Freud desaparece), o más bien, la propia doctrina de Freud, según la cual el hombre en su subconciencia sigue apegado a su experiencia primaria de satisfacción al pecho de la madre, nos obliga a decir que el hombre inconscientemente trata de abolir la ambivalencia del amor y el odio.

De hecho, los escritos posteriores de Freud atribuyen al ego humano una tendencia básica de "reconciliar", "sintetizar", "unificar" los dualismos y conflictos que asedian al ser humano.³⁹ Abraham propone la meta de lograr una fase "posambivalente"; Ferenczi aboga por una "nueva fusión de instintos".⁴⁰ Sin embargo, la posibilidad de una nueva fusión posambivalente seguirá siendo hipotética hasta que hayamos examinado la causa de la ambivalencia y la naturaleza del adversario instintivo del Eros.

³⁶ NIL, p. 129.

³⁷ NIL, p. 129.

³⁸ K. Abraham, *Selected Papers on Psychoanalysis (Escritos selectos sobre psicoanálisis)*, traducción por D. Bryan y A. Strachey, Basic Books, New York, 1953, p. 481.

³⁹ CP, II, pp. 253, 395; ISA, pp. 33, 36, 61, 71; *Moses and Monotheism (Moisés y monoteísmo)*, traducción por K. Jones (International Psycho-Analytical Library, no 33), Hogarth press and the Institute of Psycho-Analysis, London, 1939; (Knopf, New York, 1939), p. 125; CP, v, pp. 326, 337.

⁴⁰ Abraham, *loc. cit.*; Ferenczi, *Further Contributions (Aportaciones ulteriores)*, p. 372.